

DISCOURS

Se va Alfonso Reyes y lo despedimos franceses, peruanos o chilenos, como criatura propia, con cuya honra se nos añade alegría y con cuya pena se nos ofende o se nos roba. El ha hecho su trabajo callado y seguro de ganarnos la estimación y el cariño por iguales partes, como los costados de un mismo fruto. Y cuando digo trabajo, no digo búsqueda anhelante ni apetito de tenernos, que esos son torpezas y brusquedades que no conoce la mano, tan delicada, de este gran *pudoroso*. Nada de arrollamientos feos en este hombre en que el único modo de presión, en la literatura como en la vida, es una superioridad *natural* que toma su sitio, como el árbol en la atmósfera, *sin ruido ni desorden, con la complacencia de la luz y del espacio*.

Reyes ha logrado una cosa difícil como un repecho: hacer estimar del europeo al *muy discutido hombre de la América española*; hemos sido empinados en él, en sus capacidades y en su hidalguía. Le debemos, ni más ni menos, que el haber dado testimonio de nosotros, el haber sido nuestra prueba irrefutable.

Suele decirse que la América no inglesa tiene al individuo por debajo de *su geografía y de su economía*, que valemos *muchísimo menos* que el caucho del Brasil o la esmeralda colombiana; se asegura que entre nosotros la planta fué verdad siempre, pero el individuo no lo es todavía. Por ello resulta una sorpresa para el europeo cuando el hombre de allá le aparece tan sólido y tan fino como sus maderas preciosas.

El ha definido alguna vez, conversando, al diplomático: "Debe ser un hombre, nada más y nada menos". Esa cosa terriblemente sencilla, ha querido ser él. Crear conjuntamente la relación política, la economía y la mental, parece empresa dura, y cuando menos, *muy lenta*. El la ha cumplido con una facilidad gozosa, sin tono épico de graves trabajos de Hércules. Así ha rematado su

misión de dos años y es bueno ver un tipo, también en política, de este trabajo casi estético, *sin desgracia y sin violencia*. Y aquí estamos para celebrar el final de su misión, como una muestra del éxito limpio, honestísimo y cabal. Ninguna envidia para el jugador leal y nada tampoco de mano manca para apuntarle la cifra alta. Su prestigio diplomático ha venido a ponerse al lado de su fama de escritor, firme y *bella como un marfil*.

Alfonso Reyes se ha llamado en un libro suyo "el cazador", y se nombró bien, lo mismo como artista que como hombre. ¡Qué oreja labrada para oír lo delgado y lo rudo, trajo él, y ha usado en este mundo! Los clarines, a veces tan agudos que punzán el cielo, de su revolución mexicana, no le han asustado el alma civil, ni lo han ensordecido tampoco para gozar después el sonido esbelto y ondulante de su Góngora. Y del cazador, el ojo brillante de atención, que se aprende el paisaje extraño como un nombre y que se voltea a cada salto de la luz. Y la paciencia del cazador y *el ser contenido y palpitante a la vez delante del suceso*, y el recoger la presa sin grito, *como cosa que le estaba destinada desde antes del tiempo*. Virtudes de cazador, virtudes de raza vieja, azteca o española, que trae sus sentidos sagaces desde muy lejos. Tiene cazada, y se lleva consigo, en cada partida, la tierra que vió, como perdiz jaspeada o faisán ardiente. *No sabe pasar por las patrias de los hombres sin amárselas*. Así se va ahora con su Francia *bien tibia y bien señalada*, sobre el pecho, donde, a cada paso que dé por el camino nuevo, le golpeará, con suavidad, *como la linda presa al cazador que la carga*.

Digamos para no entristecernos, que lo damos en *préstamo* como una materia preciosa, para que otros también reciban de él ese latido claro de la probidad y esa onda muy suave, pero muy vigorosa, de purificación que él envía a los demás, cuando quiere, y *también sin quererlo*. Así se presta sin dación a los mejores; son el grano, doméstico y sin embargo divino, de esa sal que debe dar, según Cristo, sabor *al desabrimiento del mundo*.

Vaya a donde vaya, verá siempre esta fiesta de *la consideración superior* y del cariño, en torno suyo. Donde quiera hablar, será maestro de jóvenes y amigo buscado de *viejos doctos*. En cualquier parte dirá la palabra precisa, sin exageración de malicia ni de soberbia, que convence sobre su México agrario, que ha dividido el suelo como la luz, *para salud común*, y del México de las 10,000 escuelas, que hacen la pulsación más rápida de la cultura española.

Sea bueno el mar y segura la otra orilla para nuestro amigo.

El se lleva también algo de mi alegría en su mujer *firme y clara*, tan propia para el símbolo de la americana del Sur, grata para mí de mirar *como tierra espaciosa*, y que da a su compañero la seguridad de la tierra misma que no sabe disminuirse, porque su encargo *es el de dar certidumbre a su dueño*.

Y, para terminar, una explicación: me han encargado estas palabras los escritores hispano-americanos, para despedir a su compañero ilustre, por que las mujeres como los niños recibimos siempre, *hablando u obrando*, una clemencia fácil y *un lindo perdón* inmediato.

Gabriela MISTRAL.

27 de Marzo de 1927.

ALFONSO REYES

Es Alfonso Reyes quien despertó en Paul Morand la curiosidad de conocer a México. Este poeta, Ministro de México en París, es un maravilloso sembrador de sueños. Los franceses no han leído todavía sus libros (pronto conocerán dos de ellos: la traducción de la *Visión de Anáhuac* y una serie de cuentos, *El Plano Oblicuo*, que aparecerán en las ediciones de la *Nouvelle Revue Française*), pero su conversación basta para seducir a quien lo escucha. Cuando Alfonso Reyes está presente, no hay salón parisiense que no se prolongue hasta mundos desconocidos. Se enciende la esperanza:

Basta saber que nos guardan las espaldas:
que hay una ventana inmensa y verde
por donde echarse a nado.

Golfo de México.

En torno a la mesa del té, comienzan a nacer las imágenes de un universo donde la leyenda todavía es posible, porque Reyes habla, por ejemplo, de aquel mayordomo de su familia que —cuenta— “era un asombro de gravedad, de dignidad y de mentira . . . Había persuadido a los campesinos de que mi padre era amigo de un oso de la montaña, y de que, cuando estábamos de vacaciones en el campo, el oso venía siempre a comer a la mesa de la familia”.

La conversación de Reyes comienza en el misterio y acaba, a menudo, con una ironía. Su lirismo propio y la gravedad americana lo arrastran . . . Y acaso teme él de pronto que lo lleven demasiado lejos. Entonces su pensamiento da un vuelco, y, para uso de París, fluye una sonrisa: así sucede que Alfonso Reyes haya sido el único hombre en Francia que tuviere *esprit* por pudor y por modestia.

Y digo *haya sido*, porque Alfonso Reyes se nos va . . . Vuelve a su México, y de allí, poeta embajador —como nuestro Claudel— irá a representar a su país ante una gran potencia.

Alfonso Reyes es uno de los pensamientos más ricos y más complejos que puedan darse: en América (dejemos de pensar sólo en los Estados Unidos cuando se dice el nombre de América) no se aprisiona nunca a los escritores en la fórmula que corresponde a su primer éxito. Como poeta, hace un uso maravilloso de su erudición: veréis, en la *Visión de Anáhuac*, —cuadro de los esplendores mexicanos en los tiempos de Moctezuma— qué riqueza verbal y qué potencia de ensueño sabe poner al servicio del rigor histórico. Su inmensa comprensión, unida al gusto natural del equilibrio, le ha permitido crear, en verso, obras de pureza rara en la literatura americana, sin que por eso padezcan en nada la emoción intensa, el color, el ímpetu de sus poemas. Retengamos, en el poema *Golfo de México*, esta visión de Veracruz:

Aquí la tierra triunfa y manda
caldo de tiburones a sus pies;
y entre arrecifes, últimas cumbres de la Atlántida,
las esponjas de algas venenosas
manchan de bilis verde, que se torna violeta,
los lejos donde el mar cuelga del aire.

Este don épico no es incompatible con el juguete sensual de *Pausa*, su última recopilación poética:

Flor de las adormideras...
Una se te parecía
en el rubor con que engañas,
y también porque tenía,
como tú, negras pestañas...
Flor de las adormideras...
y tiemblo sólo de ver
tu mano puesta en la mía:
tiemblo, no amanezca un día
en que te vuelvas mujer.

Y aquella discreción para hablar de la muerte, discreción familiar, como sólo puede tenerla un descendiente de aquellos aztecas que, en el fondo, como dice el mismo Reyes, “siempre están pensando en la muerte”:

Te adelgazas, te desmayas...
¡Qué ciencia para morir!...
y creyendo que te escapabas,

que nadie lo va a sentir,
con travesura de alma
te nos deslíes al fin...

Fino conocedor de nuestra cultura, amigo personal de todos nuestros grandes escritores, Alfonso Reyes es uno de esos americanos que rejuvenecen y renuevan la literatura española. Una de sus obras recientes me parece tener, desde este punto de vista, importancia singular: en su poema dramático *Ifigenia Cruel*, ha sometido el verso español a las leyes severas de Paul Valéry. Pero no, como en Valéry, con el empeño de lograr una concatenación y una soltura extrañas en la lengua francesa; lingüista, ensayista, poeta, Reyes ha querido traer la facundia de una lengua profusa y colorida a un rigor y una sobriedad más sólidos.

Su simpatía por nuestras letras y para nuestros letrados, su cortesía profunda y sonriente, parecían habérselo destinado. París y él no pueden separarse sin pena. Deja, para reemplazarlo, sus libros que pronto saldrán traducidos, las primeras promesas de un éxito cierto, de una gloria que rebasa todas las fronteras y que ni la ausencia puede amenguar.

Marcelle AUCLAIR.

Sagitario, México, 15 de mayo de 1927.

Antes, en francés, en

Les Annales, París, 31 de marzo de 1927.

RELOJ DE SOL

(*Simpatías y diferencias*).

Nombrar. Cosa fina, y hasta un poco secreta, esta de nombrar. Nombrando hacemos confesión sobre nosotros mismos. Así Alfonso Reyes en este subtítulo tan nuevo, tan sin ajadura, como todos los suyos. Donde otro habría puesto "Simpatías y antipatías" u otro adjetivo suavemente teñido de rechazo, él sólo pone: diferencias. Porque para él parece no existir el adversario — de tal manera tiene la amistad de cosas, ideas y hombres, hecha primera y hasta segunda naturaleza. La hostilidad y la ira, esos productos americanos tan americanos como el llama o el salitre, se le vuelven difíciles como un repecho, y, al revés, el amor que para otros es domadura con sangre, le resulta una respiración holgada de pecho amplio. Él no es un convencido de que el prójimo o iliterato sea un *semejante*, como decimos los cristianos; no necesita andar buscando semejanzas para amar a libro o a hombre. Él diría: "mi hermano el diferente" con el mismo pliegue grande de sonrisa con que dice: "mi hermano el idéntico". Ha escrito: "Sacad razones de amistad de vuestras diferencias" y "la diferencia de sentir no es discordia".

Siempre que se escriba sobre Alfonso Reyes hay que comenzar, aunque sea redundancia, con este elogio de su inteligencia macerada en los aromas de la cordialidad humana. Siempre que se busque para medalla americana el anverso del hediondo aborrecimiento, que es nuestra tónica, ha de levantársenos el alma aseada de inquina de Alfonso Reyes, para el reverso.

En 1926, Reyes ha dado a sus Españas — a las de aquí y a las del otro lado — tres, ni más ni menos que tres, libros: la *Ifigenia Cruel*, *Pausa* y este *Reloj de Sol*. Demasiado para nuestra pereza mongólica, bastante para el más atareado escritor de la Europa de pulsos continuos.

Un obrero apresurado al que nunca se le nota la prisa. Pura estética y pura cortesía, este disimulo de su vida hirviente. Reyes aparece siempre a sus amigos holgado de horas, entre su Legación servida en grande, su lectura diaria, de varón que se informa del mundo como pocos, y su obra literaria que no tiene espaciaduras. El duro trío de funciones se llena gracias a que Reyes es artesano del día y de la noche.

La *Ifigenia Cruel* quedará entre lo más enjundioso de nuestra poesía americana, que por cierto anda hoy rehuyendo *enjundias* tal vez por pobreza de nobles aceites: *Pausa* tal vez viene en segundo tramo de excelencias. Que otros más capaces que yo recomienden esos libros a los jóvenes; yo diré algo del *Reloj de Sol*, que por ser un conjunto de crónicas, puede ser comentado por cronista de buena voluntad.

En la serie de *Simpatías y Diferencias* (cinco volúmenes hasta hoy) Reyes entrega sus anotaciones a la vez rápidas y lentas de los días: lectura de libros, comentario donoso de sucesos menudos, simples charlas. Rápidamente escritas, lentamente recogidas, porque es el hombre de la sensación con largo saboreo. Dueño de su oficio como el que más, ya se da el gusto prócer de componer sin jadeo, pero nunca aceptará poner la prisa en la captación del motivo. Cuanto sale de su mano trae pátinas o trae, como tela antigua, tres tramas. Nada más distante que él de nuestra improvisación americana.

Los asuntos de este libro se reparten en españoles y americanos. Hay una crónica llena de cariño y justeza sobre la *Residencia de Estudiantes*; hay unos acápite felicísimos sobre los *Ramones* de la literatura española; hay un breve capítulo medular sobre los reformadores (*Vieja controversia*); un comentario agudo sobre la política en "Azorín" y un artículo sobre el oficio difícil de juzgar libros en las tierras de las quisquillosidades literarias más calamitosas: España y América.

Toda esta sección está escrita con la sabida limpidez que gobierna su prosa de esmalte.

Con todo, yo prefiero la otra, el *Correo de América*. Porque aquí Reyes se ha puesto a hacer el uso legítimo de su magisterio para nuestros países. Maestro es él también. La América posee ¡a Dios gracias! maestros bien diferentes y hasta opuestos. Los jefes mentales uniformes son calamidad de cualquier pedagogía.

Alfonso Reyes, con un tono menor que disimula el magisterio, busca llevar a la gente americana hacia estas cosas: la concordia en la vida ciudadana y en la literaria; ordenación en la mental; probidad y continuidad en la investigación; modestia en la atribución de los grados artísticos. Un poco es, todo eso, castellanismo. Castellanidad es la hidalguía en todas las relaciones humanas y la corrección de abundancias en el hablar. Castellanos son el gesto sobrio, el traje sobrio, el amoblado sobrio, el sobrio bienestar y hasta el odio sobrio.

Bueno es, más que eso, excelente, que Alfonso Reyes se acuerde que tiene cátedra que servir desde Europa para la América y que escuche su turno, entre los demás, y cubra su obligación. Lo que él da no está en las manos de aquellos, como que los mensajes que Dios envía casi nunca se repiten.

Al revés del hispano americano común, con diez años de Europa, al cual la América primero se le desfigura y después se le borra como una foresta de humo, Reyes vive en la presencia de la América, delante de ella, siguiéndole el dibujo cambiante, curioso de lo que en ella aparece con carácter de suceso, o sea de diferenciación, y que es digno de ser confortado desde lejos. Así hablaba hace tres años de Luis Franco, el argentino, y mira ahora hacia Villaurrutia y Gorostiza, los mexicanos.

Citémoslo un poco; con él la cita es casi siempre dichosa porque él pertenece a los acuñadores de síntesis, y citarlo no le hace estropeadura.

Su *Carta a Alfonso Junco* es mejor una carta *al Poeta Joven*. Él inició la costumbre de mandar hacia la América, de tarde en tarde, una eficaz correspondencia que contiene severidad de consejo

y gravidez de doctrina. Después de la suya vino la carta comentada de Ortega y Gasset "a un joven escritor argentino".

... "Sin el ímpetu originario del Bien no hay arte posible",

... "El principio operante de la historia literaria —decía Brunetière— se reduce al deseo de hacer *otra cosa*".

... "a la ternura insípida de la Religión debe Ud. preferir el sobresalto sagrado de la religión".

... "¿La serenidad? ¡Oh, sí! Pero no la serenidad *a priori*. La serenidad es corona de las pasiones. Antes de ser amos del mundo tenemos que ser criaturas de la Vida".

... "Cada vez se castigará Ud. más (habla de la técnica del verso) hasta que ya no sienta el castigo".

Si nombrando nos confesamos, aconsejando, la confesión es plena, porque entonces, señalamos lo que nos ha parecido excelencia. Reyes ha hecho, en esta carta, suavemente exhortadora, confesión de tres normas suyas: la repugnancia del *arte usado* (sentimiento usado y forma envejecida); la religión como santa angustia que acicatea en nosotros a la bestia satisfecha de su plácida costumbre. Su serenidad es el aparente sosiego que se ve en el dorso de la mano cuando rige la brida: al fondo de ella está la golpeadura del pulso violento. Mejor dicho, hay una serenidad que está domando minuto a minuto la pasión y hay otra estúpida que no contiene virtud porque nunca tuvo brega.

Como todo hispanoamericano con letras a la espalda, él ha escrito *prólogos*, sólo que, a diferencia de otros, elogia sin adulo feo y deja caer su miga sabrosa de doctrina.

La *Carta prólogo a Mediz Bolio*, se halla entera vertebrada de doctrina acerca de una nueva literatura americana.

... "Buscar el pulso de la Patria en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado; *pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual*; descubrir la misión

del *hombre mexicano* en la Tierra, interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y nuestros monumentos. Un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo”.

...“Es verdad. No hemos encontrado todavía la cifra, la unidad de nuestra alma. Nos conformamos con sabernos hijos del conflicto entre dos razas”.

Habría que citar las dos terceras partes del prólogo; la vena de oro colora la anchura del lingote. Introducciones como éstas a un libro duplican la obra. Ojalá el lector de Reyes se sienta invitado a buscar ese libro admirable de Mediz Bolio que se llama *La tierra del faisán y del venado*.

Yo empiezo a creer que el folklore americano, empezando por el *Martín Fierro* y acabando por los *Mitos Chilenos* recogidos por Vicuña Cifuentes, constituye la literatura *mayor* de la América. Ya vendrán los explotadores dichosos de semejante tesoro, que ha desdeñado neciamente nuestra generación.

Tampoco sabe Reyes hacer un discurso de banquete sin añadir al cariño del camarada unos cuantos exaedros salinos de conceptos generales. Así su *Despedida a José Vasconcelos*. Yo lo miro con una mano puesta sobre el festejado, en el ademán del camarada de escuela, y la otra señalando, con olvido de la sala mundana, hacia el horizonte que aquí es, naturalmente la tierra de Anáhuac. Bien sabía él cuanta complacencia daba al hombre desdeñador del minuto y cuidador de la época y de la eternidad que es Vanconcelos, con hablarle de esta manera:

...“En el ocio todos somos iguales. Tú, hombre activo por excelencia, has tenido que acentuar tus perfiles, que provocar entusiasmos y disgustos”.

...“Te has dado todo a tu obra —buen místico al cabo poseído seguramente de aquel sentido teológico que define San Agustín al explicarnos que Dios es Acto Puro”.

...“Te has desenvuelto en un ambiente privilegiado en cierto modo, pero en otro funesto y peligrosísimo: removidas profundamente las entrañas de la Nación, parece que toda nuestra sangre refluye a flor de piel, que todas las fuerzas están movilizadas, que se puede hacer todo el Bien y todo el Mal. Pero cuando se puede hacer todo el mal, ya no es posible —a pesar de la tentación apremiante— ya no es posible hacer todo el Bien. Ese es el dolor de la Patria y esos han sido, asimismo, tus propios tropiezos”.

Cierra el libro con una especie de carta-testamento dirigida a Díez-Canedo y Genaro Estrada, en la que dispone de sus papeles inéditos y también de los otros, con la misma sagrada minuciosidad con que se distribuye la hacienda a los hijos. Hombre escrupuloso por excelencia, que no vive al día, ni aturdido por el suceso cotidiano, él ha querido evitar los apresuramientos torpes de la última hora. Hace bien: todos sabemos el grave peligro que existe en que sobre una herencia literaria caigan los buitres o los tontos, los primeros a inventar libros inéditos que explotar y los segundos a ensamblar zurdamente materiales heterogéneos. Como cualquier novedad en los usos nuestros, este testamento provocará extrañeza. Sin embargo, resulta perfectamente natural en el hombre henchido de conciencia, conciencia humana y artística. Quien mucho cuidó el verso dentro de su mente y fuera de ella, lo cuida también para su larga vida.

Es menos leído en América que en Europa Alfonso Reyes. Resulta impopular en nuestro continente un hombre que predica la disciplina tenaz, en vez del gozoso desorden, y al cual importa muchísimo más contornear su alma antes de sacarla al espejo del libro, que anticipar en el libro una alma vaga y desorganizada. Maestro difícil Alfonso Reyes. Convida a empresas lentas y graves. Cuando nos haya nacido una generación amante de faena costosa y larga, habrá llegado la hora de Alfonso Reyes en América, su meridiano habrá madurado como un fruto. Por ahora, hagamos una especie de clasificación de guías, en maestros de facilidades (entu-